

Serrat

Los hay –se dice– que ante la visión de una montaña enorme sólo se plantean la opción de subirla, que ante la infinita llanura del mar sienten el deseo de descubrir qué hay al otro lado y un día se embarcan dejándolo todo, tal vez –y ellos lo saben– para siempre, que no se derrumban ante un desamor y dejan un amor por una causa perdida, seguramente en un país lejano. Cuando vuelven de sus viajes, cuentan historias increíbles ante audiencias embobadas o las escriben. Son los hombres de acción, los que abren y ensanchan los caminos por los que luego circulamos cómodamente todos los demás. Los admiro y los envidio. Todavía hoy, a mis años, conservo ese sueño infantil de que un día, cuando sea mayor, yo seré como ellos y me iré con lo puesto a vivir aventuras asombrosas, que recogeré luego en gruesos libros donde la nostalgia está prohibida.

Y los hay que ante la visión de una montaña, se estremecen por su hermosura y se sientan a contemplarla, que ante el mar no tienen más ambición –y ya es mucha– que asimilar su infinitud y llevar a su interior la paz de su eterno movimiento, que dejan cualquier cosa por un amor y ante un desamor se derrumban. Son los seres dados a la contemplación. No abren puertas ni caminos en lugares ignotos, porque lo suyo son las exploraciones del alma de las cosas y de nuestra propia alma, porque no les va la épica, sino la lírica. Que son imprescindibles para la humanidad me lo demuestra la misma existencia de Serrat, cuyas canciones cuentan historias que nos ocurren a nosotros pero que nosotros nunca habiéramos sido capaces de extraer e hilvanar, que con su particular épica del día a día nos muestra a los hombres como son.

Juan Bosco Castilla